su dios, consultáronle y mandóles que alzasen el real; y así salieron de aquellos términos de Tulla y vinieron marchando hacía la gran laguna de Mexico, con el mismo orden y estilo que queda dicho.

CAPÍTULO III. *Que prosigue la jornada y viaje de estos mexicanos, hasta llegar a estas tierras de la laguna*

DESPOSEÍDOS LOS MEXICANOS de este lugar de Cohuatepec, pasaron a otro llamado Atlitlalacyan, en el cual estuvieron dos años, sin ocuparse en más de aguardar la respuesta del oráculo para que partiesen; y teniéndola fuéronse de allí a otro, llamado Atotonilco, donde estuvieron otro año; y de este lugar vinieron al que se llama Tepexic, donde estuvieron cinco, haciendo compañía a los naturales de la tierra, abrigándose y amparándose con ellos, para vivir seguramente. De allí pasaron a Apazco, donde estuvieron tres años; y desde éste a Tzumpanco, donde estuvieron siete.

En este pueblo los recibió el señor de él, llamado Tochpanecatl, con mucha caricia y benevolencia, pagado del buen trato y modo de proceder de los mexicanos. Este señor tenía un hijo, que se llamaba Ilhuicatl, mancebo y de poca edad que quería mucho, y deseando casarlo y pareciéndole que la gente que a su pueblo había llegado era de mucha razón y que su hijo ganaría mucho con recibir mujer de ellos, pidióles a los caudillos que los guiaban que se la diesen. Los capitanes, que vieron el buen tratamiento que este dicho Tochpanecatl les había hecho, concediéronle su petición y diéronle una doncella llamada Tiacapantzin, la cual casó con el mancebo Ilhuicatl; y su padre la recibió por nuera y le dio todo lo necesario para su casa; y a los mexicanos mucho maíz, metates y ollas, para su servicio y otras muchas cosas de regalo.

Pasados los siete años que había que descansaban en Tzumpanco los mexicanos, dicen que les mandó su dios que pasasen adelante; lo cual hicieron sin dilación ni tardanza; y para ir más seguros siguiendo su viaje, pidieron a Tochpanecatl les diese a su hijo Ilhuicatl que los acompañase; el cual se lo concedió con mucha y buena voluntad, sin hacer repugnancia ni resistencia. Y así el mancebo, llevando su mujer, se fue con ellos y llegaron a otro lugar, llamado Tizayocan, donde estuvieron un año, donde parió la mujer de Ilhuicatl un hijo; al cual pusieron por nombre Huitzilihuitl, a cuyo nacimiento hicieron muchas fiestas los mexicanos.

Este mismo año dieron una de sus hijas y doncellas estos dichos mexicanos a un señor de Quauhtitlan llamada Axiochiatzin. De este puesto de Tizayocan vinieron a Ecatepec, donde estuvieron un año. Pasaron a Tolpetlac, luego a Chimalpan; de allí a Cohuatitlan; luego a Huexachtitlan y a Tecpayocan; y de allí a Tepeyac, donde es ahora nuestra señora de Guadalupe; y de allí un poco más adelante a otro que se llama Pantitlan; en las cuales mansiones y estalajes gastaron tiempo y espacio de veinte

años. De aquí se pasaron al lugar de Chapultepec donde estuvieron diez y siete años y no con poco temor y sobresalto por ser en los términos y tierras de los tepanecas, gente ilustre y valerosa, cuya cabeza y ciudad era la de Tenayucan.

Puestos los mexicanos en este lugar hicieron sus chozas para ampararse lo mejor que pudieron y consultaron a su dios de lo que debían hacer; el cual les respondió que esperasen el suceso, porque él sabía lo que había de hacer y a su tiempo les avisaría; pero que estuviesen advertidos que no era aquél el lugar que él había elegido para su morada, aunque les certificaba que estaba cerca de allí; mas que se aparejasen porque primero tendrían grandes contradiciones de las naciones comarcanas. Los mexicanos, temerosos con esta respuesta de su ídolo, fortalecieron los más que pudieron aquel lugar y pusieron sus centinelas para que de día y de noche velasen; y con este reparo aguardaron el suceso y fin de las cosas.

Los hombres más famosos y de más cuenta que vinieron entre éstos mexicanos, que por su vejez y estimación se cuentan por más señalados, fueron veinte, cuyos nombres son estos que se siguen: Axolohua, Nanacatzin, Quentzin, Tlalala, Tzontliyayauh, Tuzpan, Tetepan, Cozca, Xiuhcac, Acohuatl, Ocelopan, Tenoch, Ahatl, Achitomecatl, Ahuexotl, Xomimitl, Acacitli, Tezacatetl, Mimich y Tezca, entre los cuales vemos que no se nombran Huitziton ni Tecpatzin, que fueron los dos caudillos que los sacaron de Aztlan; de donde se infiere que serían ya muertos; pues siendo los capitanes y más principales de estas familias, no se nombran entre ellos, que es lo mismo que le sucedió al pueblo de Israel, corriendo por la soledad del desierto, en cuyo discurso y camino murieron Moisés y Aarón, que fueron los que los sacaron de Egipto y acaudillaron por el desierto.

No trato de las leguas que se incluyen en esta jornada, porque no hay de los antiguos ninguno que las diga, ni tampoco apruebo el parecer de Acosta y los demás que dicen, que jornada que pudo ser andada en poco más de un mes, la anduvieron en tantos años; porque decir que vinieron de aquella provincia pocos años ha descubierta, llamada Nuevo Mexico, es falso; porque ni los de allá tienen tal relación, ni éstos los conocen por parientes; y son tan diversos en lenguas que ninguna dicción, ni palabra conciertan. Concedería al menos que estas gentes, que poblaron esta laguna, pasarían por allí o muy cerca de ellos, que esto es muy creíble; pero no decir que de aquella provincia vinieron.